

EL PLEITO DE ISRAEL

Antigüedad de los Títulos



General DOMINGO ESPINEL

El derecho a una tierra donde vivir lo alegan los judíos con razones que tienen orígenes en los albores de la historia. Es el pleito internacional más antiguo, pues, comienza con la orden dada por Jehová al patriarca Abraham: "Sal de la tierra de tu parentela, y de la casa de tu padre y anda a la tierra que yo te mostraré". Fué así, como el tronco común de israelitas e ismaelitas vino a establecerse con su mujer, sus siervos y ganados en el país de Canaán, en la región de la cual el actual Estado de Israel es apenas una parte.

Abraham fue autor de la revolución del monoteísmo, idea de más trascendencia histórica que cualquiera de las tesis más extremistas de la época moderna. En su época de idolatría y de fetichismo sin límites, afirmar que solo existía un solo Dios debía ser una escandalosa proposición. Miles de años pasaron antes de que los filósofos grie-

gos llegaran a la misma conclusión. El sacrificio de un carnero en lugar de su hijo fue la forma de proscribir los sacrificios humanos tan comunes en los pueblos primitivos.

Habiéndose declarado el hambre en Canaán, los descendientes de Abraham (rama de Israel) emigraron a Egipto donde se multiplicaron en forma tan poco discreta que el Faraón tomó drásticas medidas para controlar su explosión demográfica. Entonces Jehová desde una zarza, que ardía sin consumirse, dijo a Moisés: "He decidido sacaros de la opresión de Egipto y llevaron al país de los heteos, de los amorreos, de los feseos, de los jebuseos, tierra donde corren arroyos de leche y miel".

¿Qué pueblo puede presentar títulos más antiguos y más sagrados?.

Miles de años después declaraba Lord Balfour con menos poesía que Jehová: "Judíos, Inglaterra conmovida

por vuestra deplorable situación, cuidadosa de no dejar que otro pueblo se instale en las vecindades del Canal de Suez, ha decidido enviaros a Palestina". El lenguaje era parecido al de Jehová pero menos generoso, porque Dios había dado a su pueblo Palestina y Transjordania; Lord Balfour se reservaba Transjordania.

Después de cruzar el Mar Rojo acamparon en diferentes lugares de la extensión de Moab, hasta que Josué llevó a 9 y media tribus a instalarse en Palestina. Dos tribus y media ocuparon Transjordania.

El rey David los condujo al ataque de Jerusalén y se apoderaron de la capital de los jebuseos.

De Josué a Herodes, en el curso de 1.445 años, sostuvieron guerra tras guerra y fueron sometidos por los moabitas, los cananeos, los madianitas y los filisteos. Nabucodonosor los condujo cautivos a Babilonia, y siglos después, Ciro, rey de Persia, los devolvió a Jerusalén.

Los descendientes de Ismael, que con su madre Agar fueron proscritos al desierto, solo ocuparon a Jerusalén en el año 638 D. C., pero su dominio tampoco fue allí permanente, pues, a su vez fueron también dominados sucesivamente por los Cruzados, Gengiskan, y los Turcos hasta el establecimiento del mandato inglés.

La Diáspora.

En el año 70 de nuestra era, Tito, hijo de Vespasiano, emperador romano, saqueó a Jerusalén y destruyó su templo. El pueblo israelita tomó su bastón y se dispersó errante por el mundo.

Perseguidos en todas partes; rechazados en todos los lugares; sin techo seguro; temiendo siempre ser arrojados, repelidos, y golpeados; esperando todos los días un mesías o un profeta que los regresara a la tierra en-

tregada por Dios a sus primeros padres; es mucho lo que han sufrido desde el primer programa organizado por el Faraón con la orden de matar a todos los hijos varones de israelitas, hasta los campos de concentración y los hornos crematorios del Führer alemán.

Salidos de su tierra en galeras, desembarcaron en diferentes puertos del Mediterráneo, especialmente en las costas de Francia y España, pero a medida que se extendían por el continente europeo, el signo de la cruz les iba en delantera.

El Papa encargó a Carlomagno de fundar en Occidente un imperio donde reinara el cristianismo, y comenzó para los judíos una nueva pasión. La hostilidad de los pueblos los rodeaba. Era necesario precaverse y en la ciudad donde temporalmente habitaban se encerraron en un mismo barrio para dar protección a **La Thora**, rollo de la ley que llevaban consigo cuidadosamente.

Las persecuciones.

En esos barrios, donde voluntariamente se enclaustraron, los de fuera les cerraron las puertas y les impusieron un signo en la manga para reconocerlos; marca que Hitler, en su tiempo, reimplantó con forma de estrella. Los cristianos se paseaban los días de fiesta alrededor del gheto para mirarlos como bestias exóticas de un jardín zoológico. Poco a poco la imaginación fue viendo en ellos algo peor y les echaba la culpa de horrendos pecados y de todo lo malo que sucediera en el vecindario, en la ciudad o en el país; que el hambre, que la peste, que la sequía, todo era por culpa de los judíos. En España algunos se convirtieron al cristianismo por miedo a las hogueras de torquemada, pero casi en su totalidad fueron expulsados; unos llegaron a los paí-

ses bajos y otros a Salónica donde algunas comunidades continúan hablando en familia el castellano de la época en que los expulsaron.

Acusados en Alemania de ser causantes de una epidemia de cólera debieron tomar el camino de Polonia. Pero, también allí, Chmielnicki, hetman de cosacos, pasó por los ghettos y exterminó 300.000 judíos. Los progromes tienen sus fechas como todos los acontecimientos notables. Después de Chmielnicki viene en 1881-82, el primer progrom de la época moderna, que se extendió por casi toda Rusia durante el reinado de Alejandro III; luego el de Besarabia en 1903; luego el de 1905; después el gran progrom de 1918-20 en Ucrania y Galicia, y el progrom de Rumania en 1927 que precedió al metódico genocidio con que Hitler y sus secuaces intentaron la destrucción total de la raza en Europa.

Las cifras, a veces, son más expresivas que las más apropiadas palabras; en Proskurov fueron muertos 15.000 israelitas entre las 3 y las 6 de la tarde de un solo día. En Ucrania y Galicia, entre 1918 y 19, hubo más de 150.000 muertos, 300.000 heridos y cerca de un millón de judíos azotados y golpeados.

Esperanzas.

En el siglo XVII una estrella de esperanza alumbró titilante para el pueblo proscrito. Sabatai Ceví, judío habitante de Esmirna, se declaró profeta y hubo tal agitación entre los judíos que el Gran Turco se alarmó, pues, en aquella época Palestina estaba ya en manos de los turcos. Sabatai fué el primero que habló de recuperar la tierra prometida, pero llamado a Constantinopla se convirtió al mahometismo ante la horca para él levantada.

Para consolarse de esta esperanza per-

dida, los judíos escucharon al primer rabino milagroso, Bal Chem Tov, leñador que vivió hace dos siglos en los Cárpatos, y quien en reemplazo del **Talmud** les ofrecía el **Fol Zohar**, libro que les enseñaba a bien vivir.

Pero no todos eran del rebaño que recorría el mundo. La inteligencia, que en todas partes y circunstancias se impone, llevó a muchos a puestos de distinción y mando. La Iglesia al prohibirles la participación en la vida de las sociedades, los relegó al despreciable comercio del dinero y, así los preparó para la dirección y jefatura de las naciones. La revolución francesa, las revoluciones americanas y la revolución rusa enseñaron que el israelita no es una bestia inmunda sino un ser humano como todos los demás. Pero los efectos de esas revoluciones tardaron en llegar a la Europa Central donde continuaron siendo perseguidos con métodos científicos de tal crueldad que superaron todas las matanzas anteriores. Pero Israel es duro y de esa persecución se levantó a reclamar su tierra, esta vez no con súplicas, sino orgullosamente y con las armas en la mano.

Con más posibilidad que Sabatai Ceví y que Lord Balfour, Herzl estuvo a punto de ser el sucesor de Moisés y de Josué. Teodoro Herzl fue más que un rey; tuvo algo más que una corona: dispuso de la obediencia, del entusiasmo y de la decisión de toda la raza. Nació en Budapest en 1860, ejercía efecto magnético sobre quienes se les aproximaban, desde los emperadores hasta los pobres judíos que besaban los bordes de su abrigo.

Era periodista y habitaba en París cuando por motivo del **Affaire Dreyfus**, retumbó por las calles el grito de "mueran los judíos". Ese grito fue un relámpago que iluminó su alma y le hizo sentir su misión. Su primera reacción fué publicar un libro sobre

“El estado judío”, en el que planteó el problema del regreso a Palestina, y abrió los ojos a su pueblo mostrándole el estado de postración en que se hallaba después de 19 siglos de vida errante.

El libro era sólo la bandera con que emprendía la cruzada. En sus primeras correrías sólo encontró negativas y tropiezos, los judíos ricos se burlaron de su proyecto y apretaron la bolsa; los rabinos lo declararon falso mesías. El congreso judío reunido en Munich se negó a recibirlo, pero su pensamiento pasaba las fronteras y conquistaba adeptos en todos los países. Un nuevo congreso reunido en Bale, lo proclamó rey de los judíos, sucesor de David y de Salomón.

Como jefe de estado lo recibió Guillermo II en Berlín y juntos fueron a Constantinopla, a pedir al sultán la venta de Palestina, nueva entrevista tuvieron en Jerusalén donde el Kaiser dió tratamiento de rey, a un monarca sin corona. Tal fué la impresión que su persona produjo que el califa al verlo entrar exclamó: He aquí a Jesucristo”.

Recibió tratamiento de príncipe en todas las ocasiones en que Herzl estuvo en Constantinopla negociando con la Sublime Puerta la colonización judía en Palestina. El gran visir ofreció otras tierras del Asia Menor pero negó a Palestina, donde las peregrinaciones daban prestigio y dinero al Imperio.

Herzl se fue a Rusia a buscar el apoyo del Zar, se le respondió que no se permitiría ningún movimiento que estimulara la insubordinación de los judíos, pero que estaban dispuestos a apoyarlo si se trataba de disminuir su número en el Imperio Moscovita. En Vilna diez mil judíos rodearon su hotel aclamando al nuevo mesías. Los cosacos dispersaron la manifestación según sus métodos y condu-

jeron al mesías a la estación ferroviaria debidamente vigilado.

Chamberlain propuso a los judíos que fuesen a colonizar El Uganda, Herzl no rechazó la idea. En el nuevo congreso semita estalló la borrasca. La tierra que Dios les había prometido no era una selva para negros. Los judíos lanzaron anatemas contra el falso profeta que así los traicionaba. “Que muera el Africano”.

El sueño comienza a realizarse.

Al terminar la primera guerra mundial, con la desintegración del Imperio Otomano, Francia e Inglaterra que deseaban autoridad en las vecindades del Canal de Suez, ocuparon, la primera a Siria y la segunda a Palestina. Inglaterra ofrecía reparar con los judíos una injusticia que había durado dos mil años. Por eso, después de acordada la partición, Lord Balfour presentó al barón Edmond de Rothschild una declaración en que reconocía a Palestina como “El Hogar Nacional de la Población Judía”. Los judíos prominentes de Londres desconfiaron del proyecto, pero el Foreign Office siguió su tarea con el concurso del Presidente Wilson, y el 2 de mayo de 1917 el barón de Rothschild recibía una nueva carta: “El gobierno inglés mira con favor el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar la realización de este objetivo. Dejando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que existan en Palestina, o los derechos y situación política de que gozan los judíos en otros países”.

En 1919 los aliados acordaron en Cannes el proyecto de dar a Inglaterra mandato sobre Palestina. Después, en la conferencia de San Remo, en

1920, el Consejo Supremo Aliado dió a la Gran Bretaña el mandato de crear un hogar judío en Palestina. El entusiasmo de los judíos tradujo "Hogar" por Patria, y de todos los países se lanzaron por millares resueltos a ocuparla.

Pero en la tierra donde las escrituras pintaban arroyos de leche y miel, escásamente encontraban agua en pozos y pantanos. Fue un suelo de arena y piedras lo que encontraron los primeros arribantes quienes se instalaron en lugares detestables donde la fiebre los diezaba. Muchos murieron, otros regresaron, y los que resistieron clamaron al cielo pidiendo auxilio.

Jehová escucho sus lamentos, y como en las mejores épocas bíblicas un ángel del Señor pasó por Palestina arrojando un maná en forma de dinero, quinina, leche, miel y todo cuanto necesitaban. Sus tratados con los árabes los firmaba en libretos de cheques. Como si fuese jefe de estado envió un representante suyo, administradores y cuerpos sanitarios. Creó escuelas y hospitales pagó deudas; compró tierras y dijo al pueblo israelita "Levántate y anda". El Angel en figura humana respondía a Edmond de Rotschild, y se produjo el milagro: se irrigaron los arenales, se disecaron los pantanos, se cavaron pozos, y se tendieron puentes, se abrieron carreteras, se plantaron árboles y viñas, surgieron los edificios de la arena. Con igual rapidez que las plantas crecían las ciudades. En 1919 Tel Aviv no estaba representada ni por una sola habitación, en 1926 habían 3.050 edificios, cerca de 10.000 en 1938.

Se desenterró el hebreo de los libros sagrados donde había permanecido sepultado por varios siglos y se le hizo lengua viva en Palestina. La sociedad en la tierra de sus antepasados debía organizarse sobre formas que, siendo tan nuevas como las de

los adelantados países, tuviesen base en sus propios credos y tradiciones. La idea de la propiedad absoluta y perpetua debía cambiarse por la fórmula del Levítico "La tierra no será vendida a perpetuidad porque la tierra es mía, dice el Eterno". La fórmula sólo fue cambiada en la parte final para poner "porque la tierra es de Israel".

Un fondo alimentado con las contribuciones de todos los judíos del mundo readquirió pulgada a pulgada las tierras. El inmigrante no necesitaba comprar terrenos; se le conceden a título temporal, bajo la condición de que él y su familia los explotarán. También puede el inmigrante trabajar la tierra en una de las colonias de trabajo colectivo o en las granjas del Fondo Nacional donde además de salario recibe participación en los beneficios.

Los árabes comenzaron a inquietarse al ver que se iban quedando sin tierras y que la afluencia de judíos los estrechaba. Ya no llegaban como mendigos; ya no pedían hospitalidad; llegaban orgullosamente, como verdaderos ciudadanos a su propio suelo. El "Hogar Nacional" lo entendían ellos como "Estado Judío". Los árabes no tardaron en reaccionar y la persecución que habían padecido en el extranjero se repetía en su propio hogar. La sangre comenzó a correr, pero en esta ocasión los judíos se preparaban para cobrar la deuda al 200% y siguieron trabajando con el arma al brazo en permanente alarma.

Los árabes que habían oído a los ingleses hablar de la fundación de un imperio panárabe, se quejaron a la metrópoli. La respuesta la dió el Sr. Churchill en 1922: "El gobierno de su majestad considera impracticable la realización del deseo de que Palestina sea convertida en un estado tan judío como inglés es Inglaterra. Es-

te fin no está previsto". Inglaterra quiso jugar la carta árabe y comenzó a restringir la inmigración. Pero el mandato inglés ya estaba inscrito en la Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad de Naciones, y allí encontraron los israelitas, defensores.

En 1939 se publicó en Inglaterra el **Libro Blanco** que prohíbe toda inmigración judía a partir de marzo de 1944. Se había acordado para los judíos un hogar pero se les prohibió entrar en él. También desde Londres se frenaba el impulso y el entusiasmo de quienes trabajaban la tierra en Palestina, pues, la adquisición de tierras quedó prohibida, lo mismo que la exportación de maquinaria para establecer nuevas industrias. Pero, también en Inglaterra sonaron voces en su favor. Entre quienes protestaban merecen mencionarse al mismo Churchill y a Archibald Sinclair. El comandante Flechter manifestó en la Cámara de los Comunes: "El gobierno se une ahora a la cacería de judíos que se lleva a cabo en Europa. El año pasado para sortear una dificultad no vaciló en vender a los checos. En este año lo vemos dispuesto a vender a los judíos".

El pueblo judío fue un importante aliado en la lucha contra el nazismo. El número de víctimas sacrificadas en la hecatombe es bastante elocuente; de los 17 millones que había en Europa antes de la guerra su número se redujo a 11 millones; los 6 millones de bajas representaron alguna contribución a la victoria. Las investigaciones y descubrimientos de los científicos judíos que crearon la bomba atómica dieron el equivalente de muchas escuadras y divisiones para poner de rodillas al poderoso Impero del Sol Naciente. Además, de los batallones especiales de judíos no hubo regimiento de los aliados que no contara en sus filas con algunos israelitas.

Entretanto, a los judíos que lograban escapar del infierno de Europa Central no se les permitía entrar en Palestina. Dos buques cargados de judíos, ante la prohibición de desembarcar y ante la imposibilidad de regresar al puerto de partida u a otro, fueron echados a pique por los mismos pasajeros a quienes no les quedaba otro recurso que el suicidio colectivo; uno se hundió ante el puerto de Jafa y el otro estalló el 15 de diciembre de 1941 en las aguas del Mar Negro.

Cuando el clarín de la victoria anunciaba a los hombres "paz sobre la tierra", los judíos saltaron las alambradas y se pusieron a recorrer el continente en busca de un abrigo, de un muro en pie, de una cueva, de un sótano, de cualquier cosa que protegiera, al menos contra la lluvia y la nieve. Pero Europa estaba destruida y plena de hombres a pesar de la mortandad. Entonces de boca en boca, en todos los idiomas y dialectos, oculta-mente se fue pasando la consigna: "A Palestina" y las multitudes ambulantes se encaminaron al Mediterráneo y colmaron sus puertos; asaltaron buques sin documentos de ninguna clase; compraron veleros sin garantía de seguridad, y sin víveres ni agua suficientes, sin documentos, sin pilotos hábiles y sin bandera de ninguna nación, apretados como frutas en racimo, emprendieron la travesía y se presentaron ante el puerto de Jafa.

Naves de insignia británica patrullaban los alrededores e impedían desembarcar. Quienes se arrojaban al agua y alcanzaban la playa a nado eran reembarcados en buques especialmente provistos de alambradas o rejas de hierro para prevenir todo intento de evasión. Así, fueron conducidos a campos de concentración en la Isla de Chipre, después de haber visto y casi to-

cado la Tierra Prometida por Dios y por Lord Balfour.

Herzl había señalado una extraña división del mundo en dos partes: Unos países que expulsan a los judíos, y otros que no los quieren recibir. Eso estaba sucediendo porque se veían obligados a entrar clandestinamente, inclusive, a su propio hogar.

Renace Israel.

En 1947 Inglaterra consideró terminado el mandato que tenía de la extinguida Sociedad de Naciones y pidió a la Organización de Naciones Unidas que decidiera sobre el futuro de Palestina. Pero en esta ocasión los judíos resolvieron que los ideales de los profetas no podían continuar vagando más tiempo por las inaccesibles nubes de lo abstracto. La tierra prometida no sería más una esperanza sino una realidad. No la pedirían suplicantes, de rodillas, como una concesión, sino altivamente, sobre sus pies y como un derecho.

Desde 1906 Ben-Gurion (león joven), nacido en Polonia y entonces trabajador agrícola en Palestina, fundó la primera organización defensiva secreta. El gobierno turco lo expulsó, pero la organización continuó en funcionamiento. Durante la primera guerra mundial ayudó a reclutar la legión judía dentro del ejército canadiense para luchar por la liberación de Palestina, en la que él mismo se enganchó. Terminada la guerra volvió a Palestina donde continuó dirigiendo su ejército secreto, el **Hagana**. En 1935 fué elegido Jefe de la Agencia Judía que era una sombra de gobierno en un país que aún no existía. El 14 de mayo de 1948, en una reunión secreta en el museo de Tel Aviv leyó una declaración en que proclamaba la existencia del Estado de Israel.

Mientras la ONU discutía, tan pronto como el último contingente inglés se retiraba, los judíos proclamaron el

Estado Soberano de Israel, al mismo tiempo que por todas las fronteras los árabes invadían el territorio vacío de los ingleses, pero no de israelitas quienes los enfrentaron y rechazaron aunque sin haber entonces ocupado la totalidad de Palestina, pues, los invasores de Transjordania ocuparon gran porción al Occidente del Jordán y del Mar Muerto; Egipto ocupó y conservó el área de Gaza sobre la Costa Mediterránea. Sin embargo, la derrota infligida por los judíos a las tropas del rey Faruk fue el principio de su caída. Mientras la ONU aún estudiaba, se halló ante la situación de "si no me la das cogida la tengo". Israel no es toda la Palestina que ocupaban los ingleses, apenas las tres cuartas partes sin incluir "Transjordania" que acortó su nombre a "Jordania" al extenderse a los dos márgenes del río. Aunque en 1956 los israelitas derrotaron nuevamente a los egipcios, quedaron conformes con los límites del territorio logrado en 1948, y ningún reclamo hicieron sobre Transjordania que en la época bíblica estuvo gobernada por sus reyes.

Desde la destrucción de Jerusalén en el año 70, pequeñas agrupaciones judías permanecieron en su suelo a través de centurias haciendo acto de posesión; aunque arabizadas por el lenguaje, han conservado sus antiguas costumbres y su primitiva fé.

En el año 361 D. C., el Emperador Juliano (llamado el apóstata) ordenó que el templo de Jerusalén arrasado por Tito, fuese reconstruido con fondos del estado, y abrió la ciudad a los judíos quienes afluyeron a ella desde todas las provincias del Imperio; hombres, mujeres y niños contribuyeron con su trabajo, sus ahorros y joyas a la reconstrucción, después de 3 siglos de exilio.

Según cálculos creíbles, en 1845, ha-

bía en Palestina 12.000 judíos, número que subía a 24.000 en 1882, y a 50.000 en 1902. Al comenzar la primera guerra mundial habían llegado a 90.000. El censo del 8 de noviembre anterior al año de la independencia indicaba 716.500 judíos y 69.000 no judíos. Desde el punto de vista religioso el censo de 1960 arrojó la siguiente cifra: 1.911.200 judíos; 116.300 musulmanes; 49.600 cristianos y 23.300 drusos.

No sólo por el aumento progresivo de la población judía, sino por los éxitos en los campos de batalla, se descubre el propósito de recuperar la totalidad del suelo que otrora ocuparon sus mayores, y que es apenas una minúscula porción comparado con el amplio espacio vital de que disponen sus hermanos ismaelitas. Agarenos y judíos son en el género humano las dos razas de más estrecho parentesco que la historia y la etnología reconocen. Su enfrentamiento se ha presentado sólo en la época contemporánea por un lote de tierra donde edificar un hogar. Jamás, en tiempos de Mahoma se miraron como enemigos. El profeta impuso mandamientos especiales para que los fieles negociaran hono-

rable, justa y bondadosamente con los judíos. Gritar *jihad* (guerra santa) en el conflicto de 1967, es calumniar al profeta. En la Bagdad de Harum al-Rashid judíos y árabes vivieron en cordial y pacífica reunión. En España se salvaron las diferencias idiomáticas y se llevó el respeto mutuo hasta la hermandad. Bajo la dominación turca, vivieron juntos en Palestina unidos y en armonía luchando conjuntamente por librarse del yugo otomano.

La historia y los hechos, especialmente los del año en curso, indican la conveniencia de que árabes e isrealíes, ellos solos, sin intervenciones extrañas, resuelvan directamente su diferendo y lleguen a un acuerdo que les permita, no sólo vivir amistosamente, sino prestarse mutua ayuda para su progreso y desarrollo. Aceptar que otras potencias resuelvan su caso sería, no sólo renunciar a la dignidad nacional, sino exponerse a que los empujen o arrastren a nuevos conflictos de proporciones incalculables, en que irían a luchar en interés o para provecho ajeno, sirviendo apenas de peones en la partida de ajedrez en que se enfrentan las potencias rectoras del mundo.